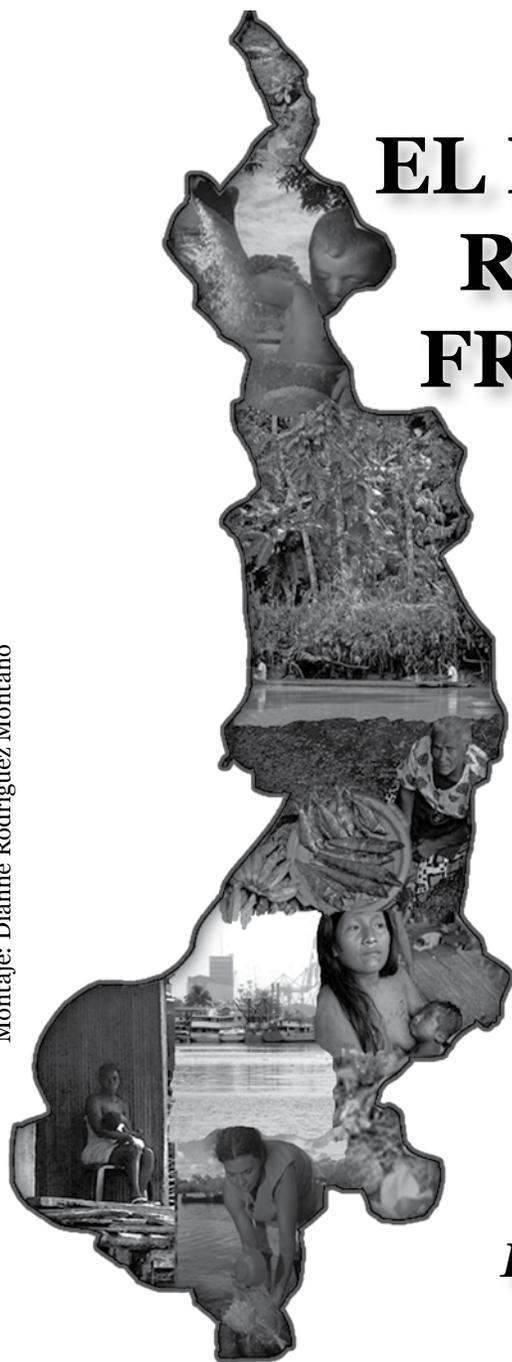




EL PACÍFICO: REGIÓN DE FRONTERAS

Montaje: Dianne Rodríguez Montaño



Eduardo Restrepo



Eduardo Restrepo. Doctor en Antropología. Investigador del Instituto Pensar de la Universidad Javeriana. Profesor catedrático de la FUCLA.



Introducción

En un conocido libro sobre el Pacífico sur colombiano y el norte ecuatoriano, el antropólogo estadounidense Norman Whitten se refiere a los pobladores de esta región como pioneros negros. La noción de pioneros es sugerida precisamente por la idea de que lo que caracteriza a esta es que se ha constituido como una región de frontera, como el más allá de los límites donde efectivamente operan el estado y sus instituciones. Muchos años antes, el senador guapireño, Sofonías Yacup publica un libro refiriéndose al Pacífico colombiano como litoral recóndito. Lo recóndito remite precisamente a la idea de que la región es inaccesible y distante: una zona de frontera.

Estas imágenes del Pacífico como una región en las márgenes, donde el estado y el 'progreso' están en gran parte ausentes, interpelan fuertemente los imaginarios que circulan en los medios de comunicación y en el sentido común de sectores sociales localizados en el interior del país y, en particular, de los habitantes de grandes conglomerados urbanos como Bogotá.

En esta presentación quiero realizar una breve genealogía de esas imágenes del Pacífico como región de fronteras. Obviamente, el sentido que estoy dándole a la noción de frontera es uno que trasciende el de límite político-administrativo para pensarla fundamentalmente como los innumerables, y a veces contradictorios, bordes que establecen distinciones en diversos planos: en lo poblacional, en lo ambiental, en lo histórico, en lo antropológico.

Una última aclaración antes de entrar en materia. La noción de región es más complicada de lo que se tiende a pensar. La región no es una entidad dada que esté por fuera de las relaciones de sentido y de poder que la constituyen



históricamente. El Pacífico colombiano no ha existido desde siempre como región. Al contrario, es una noción bien reciente que aparece con los contenidos que hoy la pensamos solo hacia los años ochenta y noventa. Sobre este punto volveré en la presentación. Por ahora quería que quede claro que es un anacronismo hablar de región del Pacífico como si ella hubiese existido desde siempre.

Las fronteras en la colonia

La región del Pacífico durante la Colonia tenía una significación fundamental asociada a la extracción aurífera. El Pacífico es una región que se incorpora en lo que Germán Colmenares denomina el segundo ciclo del oro, el cual es un momento muy importante en las colonias americanas y la gran producción de este metal precioso venía de lo que hoy es el Pacífico colombiano.

Esta extracción aurífera tenía unas características particulares, dentro de las cuales cabe destacar su funcionamiento con base en cuadrillas de entre cinco y veinte esclavizados, las cuales circulaban de manera muy nómada por los diferentes ríos auríferos extrayendo el oro, casi con la misma técnica que es utilizada hoy en día por algunas poblaciones del Pacífico colombiano. Este es uno de los elementos que deja una gran marca en la idea de pensar el Pacífico como frontera.

De otra parte, un aspecto que define la relación del Pacífico con lo que hoy es Colombia, es el hecho de que los españoles sólo tardíamente, en el siglo XVII, pudieron obtener un control parcial y puntualizado de esta parte del país, en la que siempre hubo ocupación de comunidades indígenas asumidas como salvajes. Dicho control colonial español estuvo muy centrado en algunos poblados, como Barbacoas, y estuvo circunscrito a lo que se llamó los reales de minas (es decir, los lugares donde se extraía el oro). Así, el control sobre el Pacífico fue muy reducido y la relación de la Nueva Granada con esta parte del territorio se estableció desde ahí, con un control militar muy limitado. Todo esto marcó el particular sistema esclavista que difiere profundamente con lo que pasa en el Caribe colombiano con los palenques y los cimarrones.

Al hacer una revisión de los documentos y los textos de la Colonia y la manera como se referían a esa región, hay una constante que poco se ha transformado y que sigue dominando el imaginario acerca de esa parte del país. Existe la idea de que esta región es paradigmáticamente inhóspita y malsana, idea mantenida desde los tiempos de conquistadores, lo cual es una de las razones ideológicas para que los españoles traigan e introduzcan esclavizados afrodescendientes



para el trabajo minero. Este imaginario de lo inhóspito y lo insano configura el carácter de frontera de la región en el proyecto colonial de la Nueva Granada, es decir, en el imaginario de las autoridades coloniales estas ideas afianzan la dimensión simbólica de frontera, con lo que se refuerza el carácter de inhabitable e incivilizable de la región, idea que se heredaría en el siglo XIX y en todo el período republicano. Incluso, como veremos más adelante, esos imaginarios tienen sus enlaces en los discursos de multiculturalismo y biodiversidad.

Paradójicamente articulada a esta idea de lo inhóspito y lo malsano, existe también la imagen de la enorme riqueza de esta región, puesto que el oro en el período colonial es el significante por antonomasia del valor. Germán Colmenares nos proporciona los datos que muestran al Pacífico como una de las regiones de donde más oro se extrajo, hecho que fue fundamental en la economía de la Nueva Granada. Entonces, esa paradoja de una región tan profundamente rica como inhóspita y enfermiza, alimenta fuertemente el imaginario sobre la región. Esto, entonces, nos lleva a pensar la noción de frontera en su acepción más simbólica.

Por un lado, es una frontera en la forma como opera el sistema esclavista, es decir, en la región Caribe para el período colonial la forma cómo operaba el sistema esclavista generaba que los esclavizados optaran como forma de escape el cimarronaje y los palenques, sistema de resistencia contra la esclavitud muy recurrente en el Caribe colombiano de los siglos XVI, XVII y XVIII. En cambio en el Pacífico no sucedió esto, porque el sistema esclavista operaba con base en cuadrillas, en las que un capitán (muchas veces él mismo un esclavo) controlaba al grupo de entre cinco y veinte esclavos los cuales trasegaban por la región en busca de los ríos y aluviones más aptos para la extracción aurífera. Esto hacía que no estuviesen permanentemente bajo la mirada de los esclavizadores blancos.

Además, los esclavizados podían tener propiedad, por ejemplo, tenían un día en que recogían y trabajaban para su propia manutención y poseían cultivos que vendían a su capitán o amo. Estas propiedades y actividades creaban la posibilidad de reunir sumas de dinero que fueron en muchos casos utilizadas para la compra de la propia libertad o la de familiares más cercanos. De ahí que se haya gestado un tipo de resistencia muy particular a la esclavitud que no requería con tanta frecuencia la confrontación al sistema en términos de palenques y cimarronajes, tal como lo ha mostrado el historiador Guido Barona.

En este sentido opera entonces una noción de frontera. Una modalidad del sistema esclavista que no puede imponer una dominación total en términos espaciales



y corporales, y en el que se articulan modalidades de resistencia distintas al cimarronaje y los palenques. Esto es muy importante tenerlo presente porque la forma cómo se incorporan y configuran en las poblaciones afrodescendientes en el Caribe y en el Pacífico son distintas.

El historiador William Sharp tiene un par de trabajos muy interesantes que muestran cómo en el Chocó había un gran contrabando del oro que se extraía, además del gran número de esclavizados que eran entrados ilegalmente. El asunto era tal que la Corona cerró el paso por el medio Atrato durante casi cien años y a quienes osaban navegarlo se les disparaba desde los puntos de vigilancia establecidos para ese control. De otra parte, se consolida una población de libertos, muchos de ellos auto-manumitidos, que desplazaron a otras zonas y otros ríos donde nunca tuvieron influencia de las autoridades coloniales.

Hay un modelo de poblamiento en la colonia que está articulado a unos pueblos concretos, como Barbacoas e Iscuandé, por medio de unos reales de minas. En términos de la construcción del modelo de poblamiento hay unos pocos poblados que concentraban una población eurodescendiente, mientras que en los reales de minas había población afrodescendiente, tanto esclavizados como libertos. En la región también había poblaciones indígenas que nunca fueron reducidas, como los Tuna y los Tule, y otras que sí lo fueron eran utilizadas en un sistema de apoyo a los reales de minas dentro de las actividades agrícolas y de transporte, puntos de enlace entre las haciendas del interior y las minas del Pacífico, como lo muestra Germán Colmenares. La región es, entonces, incorporada puntualmente al sistema colonial dentro de un sistema extractivo con una red de haciendas en el interior para garantizar sus suministros.

Es importante recordar que la extracción del oro y la esclavitud en el Pacífico tienen que ver con la constitución del sistema mundo moderno, aspecto importante porque la globalización hunde sus raíces en ese primer momento de configuración de dicho sistema mundo, caracterizado por la trata de esclavos, los procesos de acumulación originaria y, posteriormente, por la revolución industrial.

Nacimiento de la nación: el Pacífico como exterioridad

En el período republicano se presentan dos hechos que marcan la región y que transforman la configuración de frontera: de un lado, las guerras de independencia y sus sucesoras durante todo el siglo XIX, y del otro, la abolición



jurídica de la esclavitud, primero con la ley de manumisión de vientres en 1821 y luego la ley de emancipación en 1851. Son esos dos factores los que explican la drástica caída de la producción aurífera en el Pacífico. El sistema productivo de extracción aurífera como centro de la articulación de la región se desplaza y pierde la relevancia que tuvo durante el periodo colonial. Esta actividad queda a la iniciativa de las poblaciones locales en su mayoría afrodescendientes, ya que los indígenas de la región no se han dedicado a la minería. Dicha caída de la extracción aurífera y de la importancia del oro en el terreno económico va a marcar un giro en las relaciones entre una nueva forma de gobierno, la República, y la región del Pacífico.

Uno se encuentra que durante el siglo XIX hay un abandono de la región del Pacífico, es decir, no se le tiene en cuenta ni se registra dentro del proyecto de construcción de nación. Esta marginalización de ciertas regiones en la construcción de nación es indicada por el historiador Alfonso Múnera como "el fracaso de la nación. El fracaso no es tanto que no se haya construido una idea de nación, sino que el proyecto "exitoso" de nación es marcadamente andinocentrado, desatendiendo a otro tipo de proyectos posibles y desconociendo situaciones regionales particulares y distintas. Así, por ejemplo, el Pacífico fue ignorado como un elemento constitutivo del proyecto de construcción nacional, tanto en el plano simbólico e imaginario como en el terreno fáctico institucional. El Pacífico fue abandonado durante el siglo XIX por las élites políticas que estaban liderando el proceso de configuración en la nación en Colombia.

Debemos reflexionar sobre que tendemos a pensar que la colombianidad es un hecho dado; pero no es así, puesto que es un discurso muy reciente que consiste en resaltar, por ejemplo, un sentimiento de pertenencia con ciertas características de lo nacional. Es una producción del siglo XIX que se ha venido transformando radicalmente, siendo uno de los escenarios de las disputas políticas más importantes en una zona concreta del país. Mi intención es que pensemos una noción de frontera en términos internos y ver cómo, en un proceso de construcción de nación, lo que hoy llamamos Pacífico es borrado del mapa en el siglo XIX.

Puede decirse, por tanto, que la forma como son pensados y el lenguaje que es utilizado para describirlos contribuye a explicar cómo los habitantes del Pacífico no encajaban dentro del proyecto nacional articulado por las élites políticas del XIX. Dicho lenguaje era utilizado por gente erudita como Agustín Codazzi, e implicaba una representación en términos de una población indolente y que



encarna la anti-civilización, convirtiéndose en la viva representación de la antítesis del sueño de proyecto nacional. Quiero ilustrar con un ejemplo, utilizando un fragmento escrito por Codazzi, la manera en que la literatura decimonónica de viajeros, expedicionarios y eruditos expresa su visión del habitante del Pacífico:

"El plátano, un poco de maíz y unas matas de cacao y caña, apenas sirven para el consumo cotidiano al paso que abundan el pescado y los marranos de monte. Los descendientes de la raza africana solo se contentan con estas cosas; sus necesidades, pues, son casi ningunas. Desnudo vive el hombre, y la mujer con una simple paruma o guayuco, o un trapo amarrado a la cintura; con las palmas que tienen a mano hace sus chozas miserables y la corteza del árbol damagua es su cama, como una cobija pastusa le sirve de noche de único abrigo. Cuando quiere una familia comprarse una muda de ropa, va a los ríos o quebradas auríferas y con las bateas en mano se sumergen para sacar las arenas, o bien cogen de las orillas y lavan, hasta que sacan los castellanos de oro que creen necesarios para sus compras, volviendo luego a sus casas a disfrutar del dulce farniente, fumando, conversando, durmiendo y por placer el hombre a veces recorre el monte en busca del zaino o del tatabro, mientras que la mujer en su canoa va a visitar a las comadres" (Codazzi [1853] 1959: 324).

No hay que buscar mucho para encontrarse con este tipo de representaciones a lo largo del siglo XIX. Son representaciones que colocan a la población negra en una especie de afuera de la nación, unos no-ciudadanos y personas que no encajan en ese proyecto de civilidad en el cual las élites están creyendo y sobre el que se construye el proyecto de nación. Sin embargo, de otra parte, se constituye una frontera cultural, que algunos investigadores como Oscar Almario han denominado un proceso de etnogénesis, que se refiere a un proceso de generación de un grupo étnico y la producción de una nueva cultura, así como el surgimiento de una nueva forma de pensamiento y de nuevas formas de vida. Eso era lo que estaba pasando con unas poblaciones cuando colapsó el sistema esclavista en la caída de la colonia y el auge de la República.

Puesto que el modelo de poblamiento en la colonia estaba centrado en unos reales de minas y en unos poblados puntuales, su colapso ocasiona que la gente negra empiece a migrar por toda la región Pacífica y apropiarse de ella, copando durante el siglo XIX todos los ríos esteros y playas del Pacífico colombiano y ecuatoriano. Estas migraciones explican porque en términos históricos,



culturales y económicos esa frontera entre el Ecuador y Colombia no tiene mucho significado. Esto está relacionado con el hecho de que al colapsar el sistema de reales de minas de Barbacoas, la gente empieza a migrar y lleva consigo la marimba, el mito de la Tunda y otros elementos culturales que son incorporados dentro de los procesos colonizadores de regiones como Esmeraldas, por eso hay un continuo cultural en esas dos regiones de nacionalidades distintas.

Uno de los aspectos más importantes en términos antropológicos es que estas poblaciones, que están en el proceso de etnogénesis, desarrollan unos modelos adaptativos en un entorno selvático muy particular, los cuales están ligados a diferentes nichos. Los afrodescendientes que fueron esclavizados para la minería, después de migrar se establecen en las bocas de los ríos y aprenden a pescar, lo cual genera en pocas generaciones todo sistema de producción centrado en la pesca, recolección de moluscos y articulado a la agricultura y la cacería. Por su parte, quienes se quedaron en las partes medias de los ríos se dedicaron principalmente a la agricultura, aunque en el siglo XX algunos se dedicaron a la extracción forestal. Estas dinámicas poblacionales adquieren más fuerza en el siglo XX con el caucho y la tagua. Los que se quedaron en la parte más alta de los ríos siguieron en las actividades mineras. Lo interesante es que se establecieron unas redes comerciales que hacían intercambios de productos a través de las cuencas; así, los pescadores se conectaban con los agricultores y éstos con los mineros conformando igualmente unas redes sociales, dinámicas características del proceso de etnogénesis en el siglo XIX.

Por un lado, desarrollaron un sistema económico y, por el otro, un sistema social que ha sido estudiado por los antropólogos y que muestra las especificidades de estos procesos. He decidido indicar estos aspectos para mostrar que en el Pacífico se construye, en ese abandono, una frontera en donde las poblaciones atraviesan por un proceso de creación cultural, que después va marcar, lo que se articula al final del siglo XX con las dinámicas organizativas y con el giro multicultural.

Sobre el sistema social se puede resaltar la conformación de los troncos, término en la literatura antropológica para referirse a unos sistemas de parentesco que refieren a una modalidad de familia extendida entre consanguíneos y afines, así como un parentesco de carácter ritual entre poblaciones indígenas y afro descendientes mediante el compadrazgo. El intercambio con las poblaciones indígenas pasa por el plano de lo simbólico como la antropóloga Anne Marie Losonczy lo ha mostrado.



Las fronteras en los albores del siglo XX

Ya en la primera mitad del siglo XX, uno encuentra que esta región está pensada en términos de pobreza y de marginalidad, es decir, el espacio colombiano por antonomasia de marginalidad es la región Pacífica. Además, la noción de pobreza implica múltiples dificultades puesto que se tienen unos parámetros socio-culturales específicos. De otra parte, el discurso racialista atraviesa profundamente el ideario y construcción de nación a lo largo del siglo XIX y comienzos del XX. La condición de negritud de las poblaciones del Pacífico ha sido siempre un elemento de referencia. Lo negro en los imaginarios opera encadenado a cierto tipo de asociaciones, las cuales pasan por la sexuación, el salvajismo, etc., que constituye gran parte del pensamiento colonial-racista y que aún perviven hoy en día. El colonialismo no desapareció como por arte de magia en con el acto de libertad político-administrativa (la denominada Independencia), sino que aún pervive en una serie de asociaciones e imágenes sobre el mundo que (como el racismo), lejos de desaparecer, tienden a reforzarse.

Si algo caracteriza el Pacífico durante este periodo es que su colocación en una exterioridad, en un afuera del ideal de nación. Durante la primera mitad del siglo XX hay un conjunto de intervenciones de las élites políticas y económicas de Colombia en ciertas regiones, que van a marcar una serie de dinámicas posteriores. La industria minera (oro y platino) se da en concesiones a empresas estadounidenses y francesas, caracterizadas por una inversión tecnológica para la extracción minera que se desarrolla a través del sistema de enclave y bajo unos parámetros e ideales de progreso y desarrollo. La extracción forestal es otra de las actividades que se adelanta durante la primera mitad del siglo XX, la tagua, la madera y el caucho son producto de exportación, y es a partir de estas actividades que el Pacífico se articula con el exterior por medio de economía extractiva.

En cuanto a la segunda mitad del siglo XX puede decirse que hay una serie de transformaciones fundamentales de cómo se piensa la región puesto que adquiere unas nuevas dimensiones para ser pensada e incorporada en términos simbólicos y de construcción de nación. Lo primero que debe señalarse es que se inventa el Pacífico colombiano como entidad desarrollable. Como región, el Pacífico es una invención de las intervenciones desarrollistas. La invención de la región del Pacífico como entidad desarrollable surge en los años ochenta mediante una serie de proyectos como el Plaidecop (Plan Integral de Desarrollo de la Costa Pacífica), el DIAR (Desarrollo Integral Agrícola Rural) implementado en el Chocó y que fue fundamental para generar en el medio Atrato el posterior



proceso de etnización; y el más reciente Plan Pacífico, que opera desde los noventa en la región.

El modelo de desarrollo predominante en ese momento es el pensado en términos de construcción de infraestructura. Este es un modelo convencional en el cual se suponía que había que invertir económicamente en la región del Pacífico para colocar al país frente a la pujanza de los mercados y economías de los "Tigres del Pacífico". Por esta misma década, surgió la noción de biodiversidad y, con ella, se introducen algunas inflexiones destacadas. Esta idea del Pacífico como región biodiversa habita profundamente desde entonces el imaginario político y académico en Colombia. Este imaginario se operacionaliza por medio de Biopacífico, que fue un proyecto que hablaba además de una región biogeográfica. Lo que quiero señalar es que esa frontera, ese afuera de la nación, desaparece para ser incorporada en un modelo de nación que deja de pensar ese bosque tropical húmedo símbolo de la anti-civilización, para pensarlo como un significante de la biodiversidad. Ese cambio de pensamiento es incorporado en el imaginario académico y político, aunque en otros ámbitos el Pacífico sigue siendo pensado en términos de lo salvaje susceptible de ser civilizado.

El otro aspecto que empieza atravesar los imaginarios académicos y políticos del Pacífico se refiere al proceso que confluye en la formulación de la ley 70 de 1993 (ley de comunidades negras). Los habitantes del Pacífico que hasta entonces habían sido predominantemente pensados como campesinos y 'subdesarrollados' empiezan a dejar de serlo para aparecer cada vez más como un grupo étnico. Se generaliza la noción de que las 'comunidades negras' que habitan la región se caracterizan por poseer unas prácticas tradicionales de producción, una cultura y territorio propios que manejan con una racionalidad ambiental que permite el equilibrio con la naturaleza. En tanto grupo étnico, las comunidades negras tendrían unos derechos especiales como el respeto y garantía a su diferencia cultural así como el reconocimiento de sus derechos territoriales. El que se piense a la región evidencia, entonces, lo que uno podría denominar la etnización del Pacífico.

A esta etnización se asocia también la idea de que el Pacífico es una región biodiversa. La biodiversidad es un concepto que emerge en el escenario político global a principio de los noventa. Ahora bien, es importante entender cómo estos procesos globales se implementan en prácticas concretas, proyectos, planes, discursos y subjetividades en la región del Pacífico. Esto se hace a través del Proyecto Biopacífico y por medio de políticas específicas como la ley 99 de



1993. El Proyecto Biopacífico fue el responsable de poner a circular fuertemente el imaginario del Pacífico como región biodiversa por antonomasia, una de las más biodiversas del mundo. Esta biodiversidad se empezó a entender cómo una inusitada fuente de riqueza, una bio-riqueza que debía ser defendida de los intereses del capital transnacional y de la biopiratería.

En suma, en los años noventa, con la doble articulación a la región de su etnización y paradigmática biodiversidad, el Pacífico ha ido dejando de ser visto como la exterioridad de la frontera del las nociones de país y colombianidad para empezar a ser integrada a un proyecto nacional que apela a las retóricas y políticas del multiculturalismo y del ambientalismo.

Incorporación y violencia

Hasta prácticamente finales de los años noventa, el Pacífico era considerado como un remanso de paz por muchos académicos. Algunos pensaban, incluso, que era un modelo y un laboratorio para comprender cómo poblaciones negras e indígenas solucionaban sus conflictos sin recurrir a la violencia física, a la muerte del otro. Todo ha cambiado en los últimos años, convirtiendo al Pacífico en uno de los principales escenarios de la guerra, los cuales también están relacionadas con la globalización en tanto están atravesados por el fenómeno del narcotráfico. Aparecen en escena guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes disputándose el control territorial y configurando una nueva noción de frontera susceptible de análisis.

Para el sur del Pacífico, el Plan Colombia ha sido un factor clave en estas transformaciones en tanto ha significado el desplazamiento y el cambio en las modalidades de cultivo de las plantaciones de coca del Putumayo al Pacífico. Con los cultivos han entrado actores armados y poblaciones del interior del país asociadas a la cosecha y procesamiento del alcaloide así como los encargados a su transporte hacia otros países aprovechando las condiciones del Pacífico. Las poblaciones locales han sido impactadas por las grandes transformaciones en las modalidades productivas, las dinámicas demográficas y las condiciones de ejercicio de propiedad sobre la tierra.

Otros actores, como los palmicultores, se consolidan en los últimos diez años. Algunos de ellos, incluso, usufructuando recursos del Plan Colombia destinados para la consolidación de alternativas productivas. Esto ha posicionado a sectores de la agroindustria que provienen en su mayoría de fuera de la región y que demandan las tierras y fuerza de trabajo de las poblaciones locales.



Tanto las dinámicas de los conflictos armados como las introducidas por las transformaciones económicas, han significado un reflujo de las conquistas políticas y de movimientos organizativos de las poblaciones negras e indígenas. Se modifican las condiciones de posibilidad del proyecto político de territorio-región, que se consolidó en los años noventa con el empoderamiento de las organizaciones étnicas de comunidades negras e indígenas. Los actores armados que operan en la región desconocen los derechos culturales, políticos y territoriales de las poblaciones indígenas y negras, imponiéndose por la fuerza y la intimidación que se ha traducido en el asesinato de líderes, el desmantelamiento de las organizaciones, en las masacres y en los procesos de desplazamiento y emplazamiento de poblaciones locales. Ese es el gran problema que tiene el proceso organizativo, que tienen unos títulos pero no pueden hacer un ejercicio territorial. Porque cuando se tiene un título legitimado por un estado de derecho que los actores armados que operan en la región no reconocen, entonces el ejercicio territorial se limita considerablemente.

El Atrato estuvo prácticamente cerrado diez años por las disputas por control territorial entre paramilitares y guerrilleros, esta parte del país ha sido particularmente golpeada por la violencia, sólo basta con recordar los acontecimientos de Bojayá. Cabe recordar también entre grupos armados no son o no fueron poblaciones de Chocó, ellos llegaron de Córdoba, Antioquia y otras regiones. En Tumaco tiene que ver con el desplazamiento de los cultivos de coca del Putumayo y con ellos llegan los raspachines y demás actores armados que conforman el escenario de guerra. No se le puede atribuir a las poblaciones locales, en estos dos contextos, que ellos sean los iniciadores de esta violencia porque en un comienzo les viene de afuera. Ahora bien, una vez llega las poblaciones locales la enfrentan de múltiples formas, y hay personas que entran a participar más directamente mientras otras la rechazan. La violencia de Buenaventura, en cambio, está alimentada fuertemente por el narcotráfico y por todo lo que significa, en los imaginarios de los jóvenes del Pacífico colombiano, la "riqueza" y el estatus que da llevar una lancha o ser un norteño.

Mi argumento es que la incorporación a la violencia, al conflicto armado, ha sido el "pase de entrada" de un sector significativo de las poblaciones afrodescendientes rurales del Pacífico al proyecto de nación y a la modernización. Hoy nos encontramos con un Pacífico incorporado en un proyecto de modernización a través de la violencia, la economía agroindustrial legal e ilegal así como la presencia de actores armados. Lo que fue un fracaso para proyectos desarrollistas en los ochenta y noventa, se ha logrado parcialmente, en unos cuantos años, con



la incorporación del Pacífico a través de la violencia asociada al posicionamiento de las agroindustrias de la palma y la coca.

Referencias citadas

Almario, Oscar. 2005. La invención del suroccidente colombiano. (Tomo I. Historiografía de la Gobernación de Popayán y el Gran Cauca, siglos XVIII y XIX; Tomo II. Independencia, etnicidad y Estado Nacional, 1780-1930). Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, Concejo de Medellín, Instituto de Estudios Estratégicos.

Barona, Guido. 1985. "Elementos para el análisis del sistema minero en la historia económica colonial colombiana". En: V Congreso de historia de Colombia. pp. 315-333. Bogotá: ICFES.

Codazzi, Agustín. [1853] 1959. "Informe al Gobernador de la Provincia del Chocó" En: Geografía física i política de las provincias de la Nueva Granada. Vol. 4. Provincias de Córdoba, Cauca, Popayán, Pasto y Túquerres. pp. 323-330. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República. Archivo de la Economía Nacional.

Múnera, Alfonso. 2005. Fronteras imaginadas: La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano, Bogotá: Planeta.

Losonczy, Anne Marie. 2006. La trama interétnica. Ritual, sociedad y figuras de intercambio entre los grupos negros y Embera del Chocó. Bogotá: Icanh.

Sharp, William. 1970. "Forsaken but for gold: an economic study of slavery and mining in the Colombian Choco, 1680 1810". Ann Arbor: University Microfilms International.

Whitten, Norman. 1992. Pioneros negros: la cultura afro-latinoamericana del Ecuador y Colombia. Quito: Centro cultural Afro-ecuatoriano.

Yacup, Sofonías. 1934. Litoral recóndito. Bogotá: Editorial Renacimiento.